Coetzee: entre litigante y secretario

Claudio Issac

No se puede –cómo
se va a poder– negar: está usted sucio
desde los pies al alma,
y es así
que lo tendremos que querer.
Eliseo Diego

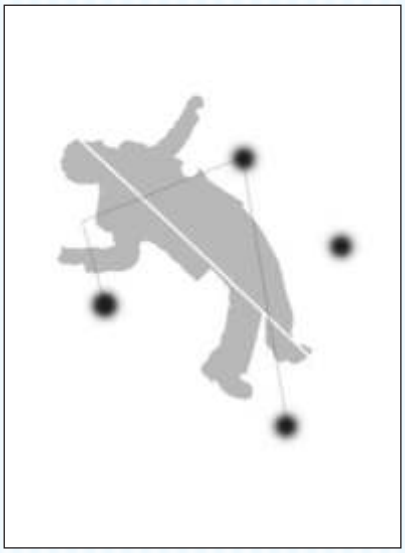
Al leer los implacables, exhaustivos, eruditos y brillantes ensayos de J.M. Coetzee –en los que no deja filtración, resquebrajadura o hueco ideológico posible– uno se percata, por contraste, de que en su ficción la consistencia ambigua, a veces plurivalente sobre la cual se construyen los personajes principales obedece a un criterio estético y a una muy reflexionada ética particular de la novela. Estos personajes a menudo son soberbios y obtusos, poco claros en sus argumentaciones e incluso subrayademente contradictorios, y Coetzee, como autor, los deja ser así, sin despejarnos dudas, sin explicarnos más allá, mucho menos invirtiendo en justificaciones.

Descubrí a John Coetzee hace poco más de un año, por mera casualidad, ni siquiera en el estante de las recomendaciones o novedades de una librería, sino en la breve sección de libros y revistas de una tienda departamental. Por no tener la costumbre de leer ensayos académicos de actualidad ni demasiada crítica especializada en literatura, no tenía idea de quién era. Tampoco se había dado que escuchara hablar de él: ningún amigo cercano me lo había mencionado. Primero, se me fijó en la mente el perro famélico de la portada de *Desgracia* en la edición de Mondadori, y, seguidamente, el título mismo desató una atracción mórbida, echó a andar una especulación respecto al posible contenido, que, desde luego, pensé sería inclemente, descarnado, golpeador. Luego me dije: Será más bien algo de crudeza posmoderna, de estas cosas que se ponen de moda. Y no compré el libro, lo dejé pasar. Pero regresé al otro día porque la imagen de la portada me había dejado inquieto. Por supuesto, nunca sospeché lo demás que iba a encontrar en el libro: la delicadeza de sus formas, sutilmente innovadoras, siempre funcionales, íntima, orgánicamente ligadas al contenido, su densidad poética y lenguaje eficaz, el calibre de las ideas expuestas.

Este interludio anecdótico sólo se encamina a establecer la sensación pura que me tocó vivir como lector al confrontar, así de azarosamente, sin antecedentes, el peso, la seriedad, la hondura y trascendencia de un autor que para mí era un total desconocido. Fue como recuperar los deslumbramientos supremos de la lectura adolescente, recibir un soplo vivificante. Aquí y allá, se han escrito generalidades y especificidades respecto a Coetzee, desde Dominic Head hasta Juan Villoro, y me parece que muchos han sido textos agudos y esclarecedores. Yo quisiera, tan sólo, ceñirme a un asunto: a cierta faceta de la postura del autor respecto a sus personajes.

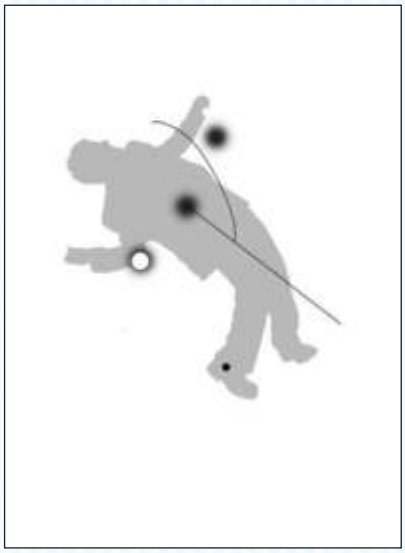
En *Países del ocaso* (*Dusklands*), Eugene Dawn (dawn: amanecer, apellido que de manera deliberadamente obvia se contrapone al título de este primer libro compuesto por dos novelas cortas que se nutren y fortalecen entre sí), trabaja para la Secretaría de Defensa estadounidense, analiza la guerra de Vietnam sobre la marcha, particularmente en su aspecto psicológico, y termina perdiendo la razón, es un hombre aparentemente normal que se torna terriblemente brutal; Jacobus Coetzee, el protagonista de la segunda sección del libro, se visualiza a sí mismo como un partriarca, es un colonizador sin congruencia, un viajero expedicionario que se abruma por la complejidad de lo que descubre; sueña con edificar y a su paso deja una estela de destrucción, es el señor civilizado y el salvaje, simultáneamente; *En medio de ninguna parte* es protagonizada por Magda, lúcida, inspirada, nutrida de cavilaciones, vacía de vida y delirante a la vez; el magistrado de *Esperando a los bárbaros*, es un hombre reflexivo que quisiera desligarse de la ideología imperialista, de sus mecanismos, pero se mantiene irresuelto, ambivalente, cómplice del aparato represivo, por más que se aplica lacerantes exámenes de conciencia; en *La vida y los tiempos de Michael K*., el personaje que dicta el título es un

jardinero en Sudáfrica, quien padece todas las humillaciones de su condición en el contexto del apartheid, huye de la Ciudad del Cabo en busca de una alternativa existencial, pero pronto inicia una secuencia de infortunios y vejaciones tan gratuitas e inmerecidas que lo asocian ineludiblemente con el otro apellidado K., el José K. en *El Proceso* de Franz Kafka. Curiosamente, aquí el autor deja indefinidos ciertos estadios en el desarrollo interior del personaje, de tal modo que la condición desvaída de su figura lo salva de la contradictoriedad marcada de otros miembros de la prole coetzeeana. El crío de Infancia -una memoria personal con rasgos formales de ficción- es cruel y culpígeno, confundido e intuitivo, imaginativo y limitado por tabúes; la anciana de *Edad de hierro* es maniática, escrupulosa, didáctica a deshora, generosa pero regañona, humanista de corazón, valiente y frágil; en *Desgracia*, David Lurie, sabihondo y necio, intransigente y sensible, a un tiempo desencantado y poseído por un inextricable sentido del deseo; Susan Barton en *Foe*, voluntariosa y sumisa, moderna, abierta de mente y también prejuiciosa; en *Juventud*, el autorretrato a una edad un poco más avanzada, la búsqueda de esencialidades detrás del mundo de la apariencia involucra rasgos del personaje como



quisquillosidades arbitrarias y remilgos poco carismáticos, manías oscuras, repelencias sin sentido explícito, elementos que llegan a poner en riesgo el equilibrio del texto, su sostenimiento mismo; el Dostoyevski convertido en personaje de una narrativa en *El maestro de Petersburgo*, es histriónico y verídicamente sufrido, atormentado y coqueto, grosero y galante, perseguido tanto por las contingencias de la vida real de la calle como por los temas profundos y abstractos; desfilan así los caracteres ficticios en la obra de Coetzee, frecuentemente con la carga de alter- egos del autor (en sí mismo tema para otro ensayo), hasta llegar a Elizabeth Costello, en la novela del mismo nombre: con una mente privilegiada pero atribulada y poco articulada, con buenas intenciones pero modos insufribles, causa de aflicción e incomodidad para su hijo, causa de burla e incomodidad para su nuera, la señora Costello, adoradora de los animales, defensora de sus derechos, es una novelista perseguida por la sombra de un éxito temprano en su carrera, una mujer que no entiende por qué le hacen homenajes y se fastidia con los premios y cenas en su honor, ella dice ser la secretaria de lo invisible.

Ésta es la manera en que Coetzee concentra su imparcialidad, su convicción



de dejar fluir defectos y virtudes de los personajes, de no enfatizar atributos, de no hacerlos simpáticos ni políticamente correctos, de no abogar por ellos. De hecho, este defensor acucioso de causas que es Coetzee el teórico, el ensayista y crítico literario, se convierte –por vocación, por convencimiento– en el peor de los abogados en el terreno de la novela, y ahí se cifra gran parte de su credo como escritor de ficción: nos queda más claro que nunca en lo que intenta desarrollar a lo largo del juicio a Elizabeth Costello al pie de las puertas (¿del paraíso?), en donde ella no sabe más que declararse secretaria de lo invisible, su dictado se resume en esa frase, de la cual no sale, la cual no elabora demasiado, varando el interrogatorio al cual es sujeta, pues como un personaje más de la ficción de Coetzee, se queda en su intransigencia y su histeria poco agraciada. Y aún así, nos acaba conmoviendo. Porque ésa –me atrevo a aseverar- es la apuesta de J. M. Coetzee: que lo netamente humano, por más cargado de defectos que esté, acaba conmoviendo. El lector se involucra, luego se distancia, reflexiona, perdona y se conmueve. Entre esto y los factores formales de alegoría, lirismo, técnica narrativa y tónica en apariencia inmisericorde, nos extiende una propuesta revisada de humanismo. Por medio de un alambicado proceso, semejante al del niño que es carácter central en *Infancia*, quien dentro del ámbito escolar escoge pertenecer al grupo de los católicos, pues no se siente judío y los protestantes son violentos boers a los que teme y detesta, y tal como su espiritual Dostoyevski en *El maestro de Petersburgo*, Coetzee abraza una especie de noción cristiana de fraternidad, de perdón y compasión, despojado de sentimentalismo pero de honda vehemencia.